

XI

LO QUE LLEGÓ A COMPRENDER D. ANTONIO INIESTA

INIESTA... Antonio Iniesta... No lo busquen ustedes en la *Guía Oficial*. Consideren que los maestros pasan de veinte mil, y no hay sitio en las páginas de ese libro para tanto nombre. En el *Anuario General de España*, tampoco. Aquí aparecen, abriendo marcha, en lista honorífica dentro de cada pueblo, alcaldes, secretarios, jueces, fiscales, registradores, párrocos... La estafeta de Correos y la estación telegráfica imprimen también, en cierto modo, autoridad. La escuela, no. El maestro debe hacer cola entre el barbero, el estanquero y el fabricante de embutidos de la localidad. Hace falta ir a la calle de Luis Cabrera — o preguntar en el Museo Pedagógico, donde se sabe todo —, para enterarse de que D. Antonio Iniesta es maestro en la Escuela Nacional del barrio de la Prosperidad.

El barrio de la Prosperidad es Madrid todavía. Sólo un feliz error nos llevó a visitarlo, suponiéndolo ya dentro de uno de estos Ayuntamientos fronterizos de nombre heroico, como Tetuán de las Victorias o Nueva Numancia. Aquí vive y trabaja Iniesta, un maestro entre veinte mil. Y si al encontrarse con la crónica de este hombre oscuro teme

el lector que le amenacen, con el mismo derecho, otros veinte mil artículos míos, puede recobrar su tranquilidad. No se cuentan por millares los maestros como D. Antonio. Pero aunque todos fueran como él, habría que oírle y recoger sus palabras con atención. Es preciso que todos sepan lo que ha llegado a comprender con su grande y santa experiencia un maestrillo de la Prosperidad.

Llegamos un poco tarde. Ya ha terminado sus trabajos del día D. Antonio. El conserje, cansado y harto de tanta brega, nos lo señala conforme avanza arreglándose para salir su gabancito y su bufanda: «No queda ninguno más que éste.» En efecto: sus compañeros salieron en grupo. Sin duda, nos hemos cruzado con todos al desembocar en la extraña vía de Luis Cabrera y no hemos reparado en ellos por atender a los muchachos. Venimos a la Escuela graduada de la Prosperidad — Escuela Nacional — en uno de estos días grises, con lluvia, niebla y barro. La Prosperidad — como París y Londres, si bien por distintos motivos — gana con la niebla. Paisaje de arrabal. Paisaje urbano, de urbanización incipiente, destartalada. Improvisación que se cae de vieja. Cal y ladrillo, madera carcomida, almazarrón, tejas, tierra. . . Ni aldea ni ciudad. La Prosperidad próspera cae por otra parte. Aquí es preciso que el cielo — plata y púrpura — espejee en los charcos, para que la magia del agua y del crepúsculo den a estas pobres casas la única riqueza posible, riqueza de tonos delicados e inesperados sobre una monótona fantasía parda y gris. Y es preciso que salgan los chicos de la escuela, como salen siempre, riendo, riñendo, juntándose en bandadas y dispersándose entre gritos, para que la puesta del sol en esta parte desarbolada del barrio

madrileño tenga también su aleteo de pájaros de rama en rama.

— No queda ninguno más que éste.

Éste no podía ser otro sino D. Antonio, a quien le cuesta trabajo despegarse de la escuela.

— ¡Qué lástima! — nos dice —. Acaba de salir el director. ¿No le conocen a D. Pedro Pareja? ¡Se hubiera alegrado tanto de enseñarles su escuela!

Yo sé que a D. Pedro Pareja, director modelo, no le disgustará que aquella tarde fuera nuestro guía uno de sus maestros.

— Una lástima. . . De verdad. Han salido ya los niños. No los podrán ver ustedes en clase.

Estoy seguro de que el lector aprendería muy pronto a conocer al buen maestro sólo en el modo de decir «los niños». Maestro que no pone esa blandura en la palabra y esa dulce sonrisa paternal en el gesto, podrá ser un buen funcionario, cumplirá bien sus deberes, nadie lo tachará de incompetencia, falta de actividad o buen deseo; pero no acabará de ser un maestro. No es otra la razón de que muchos prefieran ser pedagogos. Aprender Pedagogía. Enseñar las nociones que aprendieron a otros maestros.

Así hemos visto la escuela, recién desalojada, sin los niños, como un nido todavía caliente. No es éste, no, el cuadro miserable y sombrío de las escuelas rurales, tal como acabamos de dejarlas en nuestro último viaje. Cierto que no hay sitio para todos los niños del barrio; pero los que allí reciben enseñanza están bien. Tienen aire limpio, respirable, tibio. Buena luz, material abundante. Y buen profesorado. Podrían ser más lujosas las escuelas de la Prosperidad; pero tal como son las quisiéramos todas.

— Vean ustedes. Hay seis grupos. Aquí vienen los párvulos. Este otro es el segundo. Por término medio entrarán en cada clase unos cincuenta alumnos. Y aquí están *los míos*. Todos vienen, ¡todos! No falta ni uno. Y están contentos, en lo que cabe. . . Porque — ¿saben ustedes? — este es un barrio de obreros. . .

Aquí D. Antonio baja la voz.

— Un barrio de obreros *pobres*.

Don Antonio ha subrayado lenta y gravemente la palabra, y se nos queda mirando con atención, para cerciorarse de que hemos comprendido todo su alcance.

— Son tan pobres, que los niños. . . — ya se lo explicarán ustedes — carecen de muchas cosas. ¿Ustedes los han visto al salir? . . . Seguramente habrán reparado. . . Son niños que llegan aquí sin abrigo; señores, casi descalzos. Alguna vez los miro, sin querer, por entre los bancos y veo cómo asoman los dedos de los pies. Les faltan muchas cosas. Esto para nosotros — ¡ustedes comprenderán! — es una tristeza.

¿Dónde he visto yo antes de ahora la sonrisa melancólica de D. Antonio, Iniesta? ¿No eran los mismos ojos claros y los párpados un poco fatigados de Palomerín? Antiguo camarada, bueno, entusiasta, decidor. . . Este otro D. Antonio habla discretamente, muy despacio, venciendo no sé cuál dificultad que le hace precisar mejor los conceptos. Ha sido maestro muchos años en su tierra, en Albacete, donde, a pesar de nuestros prejuicios, estiman, respetan y ayudan eficazmente la obra del instructor de primera enseñanza. Tiene hoy un buen puesto, y — relativamente — un buen sueldo. Sus tres hijos, ya mayores, estudian. Uno será maestro,

como él, y hemos visto en el Museo Pedagógico sus papeletas de buen trabajador. Por ellos está aquí, entregado a una faena que llena su vida, exige mucho esfuerzo; pero que — ¡creánlo ustedes, señores! — tiene también sus satisfacciones.

— Nadie sabe lo que es ir viendo cómo adelanta un niño que no conoce ni las letras cuando entra, y que de año en año usted lo mira crecer y aprovechar. . . Sí, señor; esto es una alegría. Yo lo confieso. Alumnos míos, de allá, de Albacete, han salido de mi escuela preparados como unos hombres, y, sin más, hoy los tiene usted empleados en Bancos y en casas de comercio. Esto siempre agrada. Cuando los veo siento satisfacción. Porque a los niños. . .

Don Antonio se detiene un momento.

— A los niños acaba uno por quererlos. Y esto es lo que algunas veces me hace desear mi escuela de provincia. ¡Aquellos muchachos son fuertes! Estos. . . Ya han visto ustedes. . . Da pena pensar en ellos; y nosotros, los maestros, naturalmente, no podemos pensar en otra cosa. Los ve usted aquí sentados, tan serios, tan quietos, y de pronto nota usted que se les va la atención y se quedan mirando las musarañas. No tienen fuerza, señor. No pueden trabajar más. Olvidan las cosas. Parece que resbala sobre ellos lo que usted les ha dicho. ¿Y saben ustedes. . . ?

Don Antonio va llegando, con voz todavía más discreta, al corazón de la confianza.

— ¿Saben ustedes por qué? Son buenos chicos. Son listísimos. ¡Créanme! Hubiese tardado más en enterarme si no hubiera pasado allá por la Beneficencia; pero yo conozco esto; lo conozco bien; así es que llegué a comprender en seguida: ¡No co-

men, señores! Lo que tienen estos niños se curaría si sus padres cobraran mejores jornales. La fuerza les falta porque se alimentan mal. Y si no se alimentan, ¿qué van a hacer? ¿Cómo van a soportar tantas horas de clase? Imagínese nuestra tristeza. Tampoco nosotros podemos hacer nada. Sabemos dónde está la causa de todo; y aquí, en estas escuelas, buenas, nuevas, con el mejor deseo del mundo, los vemos perderse...

Sin el temor de que juzgara demasiado rápida mi confianza, allí mismo, en aquel pasillo de la dirección, ante aquellos armarios de Física e Historia Natural, yo le hubiera dado un gran abrazo a D. Antonio Iniesta. ¡Es algo ser maestro cuando se tiene alma! Pero me han dicho que estos temas pedagógicos no deben ser tratados con ligereza sentimental; que haré bien en reprimir este torrente de emociones si quiero ver las cosas claras, porque la emoción arrasa los ojos de una neblina perturbadora. ¡Reportémonos, Sr. Iniesta! Ha tocado usted en lo vivo la medula de ese animal monstruoso que los científicos llaman el Problema Social. El pobre pobre ni estudiar puede. Pero, por fortuna, ustedes no regentan escuelitas rurales entregadas a Concejos incultos. Ustedes viven al amparo de Madrid, y la villa tiene autoridades e instituciones que saben cumplir con su misión. Si es imposible mejorar el jornal de los padres desde el Ayuntamiento, en cambio cabe instalar una de esas benéficas cantinas escolares para los hijos pobres del barrio de la Prosperidad. Lo pediremos al alcalde y al Ayuntamiento de Madrid entre todos, y el director cursará la instancia que definiendo en estas líneas. Aquí nos oyen. Un kilómetro más allá, otros alcaldes, otros Concejos, y no podríamos contar sino con

nuestros propios esfuerzos. Esta es la diferencia entre Madrid y Fuenlabrada. ¡Ánimo, pues, amigo Iniesta! Por esta vez no tenemos derecho a des-
esperar.

TERRIBLES ARGUMENTOS CONTRA LA CANTINA BENÉFICA

No debo ocultar a D. Angel Llorca, director entusiasta y competentísimo del Grupo Cervantes — en Cuatro Caminos —, que escribo estas líneas impresionado todavía por una frase suya: «Aquí la escuela no cumple funciones de beneficencia. Se limita a educar. Enseña a comer, de igual modo que enseña a leer, a escribir y a trabajar. Otros seguirán diferente doctrina; pero yo distingo entre la comida escolar y la sopa boba».

Será preciso volvernos a los niños pobres de la Prosperidad, que esperan su cantina, y decirles:

— Vuestra comida no es pedagógica. Renunciad, desde luego, a la esperanza de resolver el problema una vez al día.

— ¿Por qué? — preguntarán ellos, desencantados.

— No es pedagógica... Quiere decir que la escuela no debe meterse en vuestras cosas, y esto de la alimentación es asunto que compete a los padres...

— Pero en el Grupo Cervantes hay cantina...

— Sí, en efecto, la hay; pero, ¡fijaos bien!, no para alimentar a los chicos, sino para enseñarlos.

— Bueno; pues que nos enseñen a nosotros. La cuestión es que haya cantina.

Sólo con poner en labios de los muchachos esas palabras, que van siguiendo un razonamiento mío, temo hacerlos incurrir en cierta indignidad de que ellos no son capaces. Una vez que se ha hablado de la «sopa boba» ya no hay arreglo posible. El Estado no atrae su clientela como los conventos. No lo necesita; no debe, no puede hacerlo... Ante esa actitud, los hijos de obreros pobres, por respeto a sí mismos y al decoro de su pobreza, harán bien en no insistir.

Pero nosotros, en cambio, estamos obligados a buscarles algún argumento defensivo. Todo es sopa boba en la enseñanza del Estado, pues el ciudadano la recibe gratuitamente. Veamos el ejemplo más claro en esas propias escuelas de ensayo, tan superiores al medio en que se implantan, que todo

ha de considerarse como merced de un Estado generoso a un pueblo agradecido. Cuatro Caminos, orientado hacia Tetuán, es barrio de batalla. Su mayor simpatía está en la bulliciosa población obrera. Fué hasta hace poco un arrabal pobre, y empieza a florecer quizá por el influjo mágico de la fuente que estuvo antes en la Puerta del Sol. Quizá por la estación del «Metro» y por la natural expansión de Madrid hacia el Norte. Pero todavía es arrabal, y las espléndidas escuelas del Grupo Cervantes son como los ventanales del coche salón, tibio y confortable, que los lugareños miran ávidamente cuando el rápido se detiene medio minuto. La diferencia está en que aquí el pueblo entra y el coche salón es para él. Si sólo se tratara de enseñarle primeras letras, primeras nociones, es decir, de darle una buena enseñanza elemental, con menos bastaría. Pero se quiere rendir un servicio mayor. Se ha comprendido que hace falta un esfuerzo ejemplar para poner ante los ojos del pueblo como una muestra de lo que debe ser la educación. La cantina es ya detalle mínimo en el adorable cuento de hadas que viven los alumnos pobres unas cuantas horas cada día.

He de reflejar en otra ocasión el efecto — inmejorable — que causan estas escuelas de ensayo y las consideraciones que sugieren; hoy sólo me interesa presentarlas como argumento. Si tanto se hace fuera de lo ordinario y de lo exigible, ¿por qué no pedir también, a título de solución de problemas particulares, lo que es indispensable en cada caso? La escuela sirve un fin social. No es lícito separar en el niño su doble calidad de alumno y de hijo de familia pobre; tratarlo con todos los honores como alumno y dejarlo morir de hambre como pobre. En escuelas donde fácilmente se aprecie que la mayoría de los niños matriculados, o una porción importante, sufren los efectos de la miserable situación económica, lo más pedagógico es completar la tutela que sobre ellos se ejerce y darles de comer. ¿No se les procura local higiénico, aire respirable, campo o patio de juegos? ¿No se los obliga a ejercicios gimnásticos? Se vigila el menor de sus actos, conforme a reglas y prácticas estudiadas con todo cariño, con paternal espíritu científico, y se va a prescindir de lo esencial.

Sin dominar la Pedagogía, puede afirmarse que si en país de cultura normal, libre de estas pesadas y somnolientas crisis, no es pedagógica la cantina benéfica, lo es en barrios pobres como el de la Prosperidad. Hay muchas clases de anormales. Unas veces la anormalidad depende de taras o lesiones físicas; otras, el defecto está en la constitución económica. Dentro de la escuela algo se puede hacer, ya que no para tras-

formar el país, al menos para ayudarle a vivir y a ser hombre al pequeño ciudadano. Habíamos pedido una cantina escolar para esa barriada extrema de Madrid. El Ayuntamiento tiene, por lo visto, otras atenciones más serias, y será doloroso e inútil apremiarle con nuevas instancias. Por eso he desconfiado siempre de la acción oficial y he expuesto en numerosos artículos la virtud de la unión en Juntas, Grupos o Sociedades de vecinos.

LUIS BELLO

VIAJE

por las

ESCUELAS

de

ESPAÑA



M A D R I D * 1 9 2 6